

*Esperando  
al viento*

*Alba Cayuelas*

© **ALBA CAYUELAS**  
© **EDITORIAL ROSETTA**

ISBN:

Depósito Legal:

Editor: Antonio Piñera García

Diseño portada: Nextcolor.S.L.

Diseño Gráfico: Nextcolor.S.L.

Imprime: Nextcolor.S.L.

**Primera Edición Abril, 2017**

[www.edicionesrosetta.es](http://www.edicionesrosetta.es)

30110 Cabezo de Torres · MURCIA

*Para Elsa.*

*Que este fantástico mundo de historias y aventuras interminables te acompañe siempre, allá donde la vida quiera llevarte.*

*Y para Alex, ¡jalá te ayude a encontrar tu rinconcito dentro de él.*



## Prólogo

Todos vestían de negro.

Lo cual era lógico dada la situación, pero Abby no podía dejar de pensar que a él no le iba a gustar, que lo iba a odiar. O lo habría odiado. No, quería decir que lo odiaba.

Una vez le había dicho que odiaría que todo el mundo llorara en su funeral, y aún más que el negro fuera el color predominante. Que quería que todos asistieran vestidos de colores vivos y alegres, o que no fueran.

Así era él: alegre. Alegre, divertido y vivo. Lo era, pero no lo estaba. Ya no.

Menos mal que no le había hecho prometérselo, pensó, porque no habría podido cumplirlo. No había tenido ocasión de hablar con sus padres y, de todas formas, dudaba que hubieran acogido con gusto la idea.

Y, por eso, ahora todo el mundo iba de negro.

Trajes negros, miradas negras, sentimientos negros.

Ataúd marrón oscuro casi negro.

Y mirara donde mirase, velas blancas por doquier, llenando toda la superficie de la iglesia. Su color favorito era el verde porque, según él, siempre debía quedar esperanza. De ese color era la vela que ella sostenía entre sus manos, la que su tía había conseguido encontrar y traer en el último momento. Era el único resquicio de color que había en ella en ese momento; su madre, Sara, había incluso tapado la escayola que le cubría la pierna derecha hasta medio muslo con una media negra opaca, para variar. Decía que era el color adecuado.

Abby sabía que estaba despierta. El dolor palpitante de la pierna y el pecho se lo recordaban cada segundo desde hacía dos días, que era el tiempo que llevaba sin dormir, excepto cuando la drogaban en el hospital. Sin embargo, aún le seguía pareciendo todo un sueño, seguía sintiéndose atrapada en esa pesadilla de la que no había forma de escapar.

Durante el sermón del sacerdote pensó en el tiempo. Era irónica la forma que tenía de discurrir. Acelerándose infinitamente en los buenos momentos, escapándose entre sus dedos, sin dejarle agarrarlo, sin darle apenas un respiro, una oportunidad de disfrutar, de sentir todo lo posible, de vivir todo lo posible, de amar todo lo posible. Alargándose mortalmente frente a alguna desgracia, obligándola a mirar y a sentir su lento transcurrir, torturándola, como un eco interminable de dolor y sufrimiento.

## *Esperando al viento*

Moraleja: el tiempo era un hijo de puta, cruel y sin sentimientos. Y nadie podía fiarse de él.

La ceremonia en la iglesia había durado tan solo media hora, aunque para ella parecía haber pasado medio siglo. Había estado mirando al frente todo el rato, pero sin ver realmente nada. Su mirada había estado fija y perdida en la pared del fondo. Podría haber dicho cuántas grietas el tiempo había creado sobre ella, pero era incapaz de recordar quiénes habían subido al altar a decir unas palabras, ni habría podido repetir ninguna de ellas. Sin embargo, ahora sí veía.

Veía seis hombres acercándose al altar para transportar el ataúd hasta el coche fúnebre. Entre ellos reconoció al hermano de Adam, Leo; dos de sus tíos y el resto eran amigos cercanos. Supuso que su padre estaría acompañando a su madre.

El ataúd ya estaba cerrado. Los hombres lo levantaron con algo de esfuerzo y, al pasar por su lado, Abby alargó el brazo y estiró los dedos todo lo posible, en un intento por tocarlo una última vez, como si aquella caja de madera fuera él mismo. No llegó, su mano se quedó a escasos centímetros. El cortejo pasó de largo, sin detenerse ni reducir su ya de por sí lenta marcha, y salió por la puerta.

No había podido verle por última vez; tocarle, besarle. No había podido despedirse. Y aquélla sería la última vez que estuviera tan cerca de él.

Volvió a sujetar su vela con las dos manos y esperó hasta que el pasillo central se despejó lo suficiente para que su madre pudiera empujar su silla de ruedas hasta la salida y, después, hasta el coche que la llevaría al cementerio. Esa mañana su tío Tom, más en calidad de psiquiatra que de familiar, le «había desaconsejado» ir a ese lugar, bajo el pretexto de que esa visión no sería conveniente ni positiva para su recuperación, tanto física como mental. Ella había insistido hasta que su tía y su madre habían salido en su defensa, diciendo que tenía derecho a estar allí si quería. Y eso iba a hacer.

El coche estaba parado en la puerta, al final de la rampa, esperándola. Su tío estaba al volante. A pesar de sus «recomendaciones», incluso él había querido acompañar a Adam en su último viaje. Maggie, su tía, también estaba allí.

En aquel momento, la lluvia lo estaba inundando todo, y los truenos se oían como bombas lejanas. «Tormenta de finales de verano» y «gota fría» lo habían llamado los medios. Ella habría dicho que el cielo lloraba su muerte. Muy apropiado para un funeral. A pesar de las nubes y el agua, el calor seguía siendo el mismo de días anteriores, asfixiante y claustrofóbico.

Su madre la cubrió con el paraguas —negro— que llevaba en una mano y

empujó la silla con la otra durante el trayecto al coche.

Abby no estaba acostumbrada a ver cementerios ni entierros de verdad, ya que su única experiencia con los mismos era lo que había podido ver en películas, sobre todo americanas. A pesar de que aquél era el primero al que asistía, no era tonta y sabía que no era eso precisamente lo que se iba a encontrar. Para empezar, donde ella vivía no «enterraban» a las personas, al menos no de forma literal. No había ataúdes bajo tierra, con una cruz encima, cubiertos por un césped verde brillante inmaculado, perfectamente cuidado y recortado. Simplemente, no había tierra. Había sepulcros, nichos y panteones. Un océano infinito de mármol extendiéndose en cada dirección.

Los entierros, el acto en sí de dar sepultura a alguien, tampoco eran en absoluto íntimos, ni bonitos, ni especiales. No eran conmovedores. Nadie decía unas palabras. Nadie cogía un puñado de tierra para arrojarlo al interior de la hoya. Los entierros eran macabros y horriblos.

La familia de Adam tenía un sepulcro, donde otros antepasados descansaban desde hacía tiempo. Cuando ella llegó, empujada por su tío, ya había bastante gente congregada a su alrededor. Un mar de paraguas negros sobre el abismo blanco. Se preguntó si la gente iría a comprar paraguas de ese color para esas expresas ocasiones, y consideró si uno de *Mickey Mousse* realmente habría desentonado tanto.

No sólo había allí familiares; también amigos, conocidos de clase, compañeros de fútbol; algún que otro periodista que, con disimulo, intentaba hacerse con la exclusiva del momento. Hasta ese extremo llegaba hoy día la sociedad de la información.

Lo primero que ella vio fue el sepulcro abierto, el ataúd y un par de bolsas de aspecto extraño. Habían colocado una especie de tela a modo de toldo sobre él, imaginó que para poder trabajar. Dos personas, los enterradores, comenzaban entonces a introducir el ataúd de Adam en el agujero. Su tía le puso una mano sobre el hombro, y su madre sujetó una de las suyas entre las de ella con fuerza.

Escuchó a alguien llorar. No, no alguien, varias personas, pero lo hacían de forma tan acompasada que parecían uno solo. Ese llanto acompañó al féretro en su rápido descenso, como si de un canto se tratase.

Cuando el ataúd llegó al fondo dejó de verlo. Intentó incorporarse en la silla, pero su tío se lo impidió. De repente el tiempo se aceleró, como le gustaba hacer, y todo había sucedido demasiado deprisa. Ahora sí que no volvería a verlo. Ya no había vuelta atrás.

Acto seguido, los enterradores cogieron las extrañas bolsas y las introdujeron

## *Esperando al viento*

en el agujero. A su lado, un niño preguntó a sus padres qué eran. Abby, que hasta ese momento había creído que se trataba de algún tipo de protector para el ataúd, no podía estar más equivocada. El padre se agachó y le explicó a su hijo, con mucho tacto, que dentro de aquellas bolsas se encontraban los restos de otras personas que habían fallecido y enterrado antes en el mismo lugar, y que debían meterlos en esas bolsas porque no cabían tantos ataúdes en ese espacio tan reducido. Además, con el tiempo, la madera se pudría y las cajas se rompían. Se sintió como una idiota por haber sido tan ingenua. ¿Para qué creía que podía necesitar un ataúd cualquier tipo de protección? ¡Qué ilusa! Seguro que le otorgaban un premio a la estupidez humana.

Se mareó y le entraron ganas de vomitar, pero no sólo por eso. Mientras estaba distraída escuchando la explicación, los enterradores habían colocado la lápida de mármol sobre el agujero, sellándolo. El nombre y la foto de Adam — una foto que ella misma sacó meses atrás — podían verse esculpidos encima.

La gente comenzó a dejar coronas de flores, fotos, cartas y velas sobre la tumba, y a abandonar el lugar. Había docenas de velas rojas por todas partes, en especial sobre su tumba. Ese color le recordaba el de la sangre, su sangre, y el recuerdo hacía que le costase respirar. Se dio cuenta de que pronto empezaría a hiperventilar si no conseguía calmarse. Su tío intentó mover la silla, pero ella puso el freno de las ruedas, impidiéndoselo. Permaneció allí, quieta, apretando su vela hasta que los nudillos se le pusieron blancos por el esfuerzo. Esperó hasta que todos dejaron sus recuerdos y sólo quedó la familia más cercana. La madre de Adam estaba teniendo un ataque de ansiedad, mientras su marido y su otro hijo intentaban también alejarla de allí.

Pero ella no podía verlos. Sólo veía el mármol blanco, cubierto de flores y velas rojas, y pensó en la monotonía de los colores. Se acercó, moviendo la silla de ruedas ella misma con esfuerzo; no era fácil maniobrar con una pierna totalmente en posición horizontal. Su madre la siguió con el paraguas en alto sobre su cabeza. Llegó hasta la tumba y puso la mano sobre la lápida, lo más cerca que volvería a estar de él, lo más cerca que volvería a tocarlo. A pesar del calor de octubre, estaba helada. Igual que se sentía ella.

Con cuidado, apartó un poco las cosas que habían dejado sobre la piedra y, justo en el centro, dejó su vela verde, que resplandecía con luz propia resaltando sobre la uniformidad del rojo que desprendían todas las demás. Había conseguido protegerla del agua hasta aquel momento, y su llama seguía brillando con fuerza.

Bajo esa fría piedra se había quedado su corazón, sus deseos, sus sueños. Encima de ella, abandonaba toda su esperanza.



## *Alba Cayuelas*

Después, dejó que su familia la sacara de allí, concentrando todos sus esfuerzos en no mirar atrás, pues sabía que, si lo hacía, no podría separarse de aquel lugar.

No había llorado antes. Tampoco lloró ahora. No podía hacerlo.



## Capítulo Uno

Abby levantó la mano y se la colocó sobre los ojos a modo de visera cuando el Sol la alcanzó de lleno a la salida del hospital. A pesar de ser finales de octubre, aún caía con fuerza. La última vez que pisó la calle había sido dos días atrás, en el entierro de Adam. Esta vez, salía para no volver, al menos por el momento.

Había estado una semana ingresada. Una semana entera encerrada en una habitación que cada día se llenaba con más ramos de flores y macetas con mensajes de ánimo y recuperación, con la pierna permanentemente en alto, sin libros, sin nada para ocupar la mente y sin televisión, porque su madre la había prohibido. Una semana entera escuchando las continuas discusiones entre su madre y su tío, sobre cualquier cosa, relativa a ella o no. Incluso habían llegado a discutir porque el pollo de la cafetería estaba un poco salado. Vale que una era su madre, pero Tom, con sus gafas de culo de vaso, sus camisas de cuadros y su pelo moreno siempre alborotado, sólo quería ayudar. A veces se ponía un poco pesado y técnico, si bien no lo hacía con mala intención. La verdad era que nunca se habían llevado demasiado bien, pero el roce de aquellos días parecía haber avivado su animadversión. Sin embargo, la enorme cabezonería de su madre la hacía ganar la mayoría de discusiones.

—Como tú veas, Sara —solía ceder Tom en esos casos, cogiendo aire profundamente y soltando un largo suspiro hasta vaciar los pulmones por completo.

Hasta esa mañana en que su madre había solicitado su alta voluntaria al hospital, y su tío, por primera vez, había estado de acuerdo con ella, pues «un entorno familiar favorecería ampliamente sus posibilidades de recuperación, beneficiando asimismo su salud mental». Y, también por primera vez, Abby había estado agradecida de que Tom sacara su vena psiquiátrica en cualquier situación.

El hospital había accedido finalmente a darle el alta, no sin antes programar un amplio calendario de visitas médicas y aleccionarles sobre la medicación que debía tomar, a pesar de que, desde que había regresado del entierro, se había negado a que le pusieran la vía y había rechazado cualquier analgésico o somnífero que le habían ofrecido. Por eso, creía que se los habían estado mezclando con la comida, porque caer dormida de un momento para otro, sin ayuda, con lo nerviosa y angustiada que se sentía no le parecía ni medio normal.

Antes de abandonar el frío hospital, su madre la ayudó a vestirse y le hizo

## *Esperando al viento*

una coleta apretada en el pelo, como cuando era pequeña. Por un momento, se sintió como si estuviera a punto de salir para dirigirse al colegio.

Tom le ayudó a subir al asiento trasero de su Opel Zafira, y su madre se sentó a su lado, abrochándole el cinturón y haciendo lo mismo con el suyo. Su madre se había pedido unas semanas de baja en el trabajo para cuidar de ella. Había pasado días insistiendo para que regresaran a su casa del pueblo, pero ella se había negado rotundamente a volver a mudarse. No podía volver allí. Si su madre supiera... Pero eso era lo último en lo que necesitaba pensar en aquel momento.

Tom metió unas bolsas y las flores y macetas que aún seguían vivas —a pesar de que ella se habría deshecho de todas— en el amplio maletero. El golpe que dio la puerta al cerrarse la sobresaltó y su madre le cogió la mano.

—¿Has cerrado bien? —preguntó irónicamente Sara cuando Tom abrió la puerta de delante.

Él la ignoró, se acomodó en el asiento, se abrochó el cinturón de seguridad y se estiró la camisa por debajo, como siempre hacía, para evitar las arrugas que tanto detestaba.

Abby cerró los ojos durante todo el viaje, hasta que sintió el coche detenerse frente a la puerta de la casa de sus tíos, donde vivía desde hacía un año. Tom tuvo que subirla en brazos el tramo de escaleras hasta el primer piso, ya que la vivienda no tenía ascensor y ella aún se sentía débil, mientras su madre cargaba con las bolsas más imprescindibles. Las plantas quedaron olvidadas en el maletero del coche. Por ella, como si se quedaban allí para siempre.

Su tía Maggie los estaba esperando en la puerta y la recibió con un fuerte abrazo; después, los siguió hasta su habitación. Tom la dejó sobre la cama y salió. Sobre el suelo, medio ocultas por el faldón de la colcha, sus suaves y cálidas zapatillas blancas con forma de oso polar y orejas y morro morados parecían sonreír, dándole la bienvenida.

—¡Las flores! —gritó su madre, que siempre estaba en todo, hacia el pasillo. Poco después oyeron cómo se abría de nuevo la puerta principal.

Mientras su madre le ayudaba a ponerse un pijama se fijó en la nueva televisión que ahora ocupaba la mesa frente a su cama, y que Maggie trataba de encender.

—Te hemos traído esto para que te entretengas mientras estés en reposo. Ya me ha dicho tu madre que, de momento, tendrás que estar como un mes en cama. —Maggie seguía dándole a todos los botones sin éxito. Escucharon un rumor de pasos, roces de celofán y un golpe seco en la cocina, seguido de una

serie de maldiciones—. Bueno, si es que consigo encenderla...

—¿Puedo entrar ya? —preguntó Tom desde el pasillo.

—Mmm —su tía se giró para observar a Abby—, sí.

Su tío entró, le arrebató el mando a distancia de las manos a Maggie y se agachó a su lado.

—Le das a este botón y a este otro —explicó, pulsando un par de botones—, y se enciende. Y después ya sabes, para arriba o para abajo. O aquí, en Guía, te salen todos los canales y la programación, ¿entendido? —Abby asintió con la cabeza—. Si tienes alguna duda pregúntame a mí, y no a estas dos cavernícolas. —Tom le dio un apretón en el hombro y se dirigió a la puerta—. Estaré en la cocina haciendo la comida.

—Flipado —dijo Maggie en voz baja cuando pasó por su lado.

—No era tan difícil —bromeó él.

Abby observó a su madre ordenar en los cajones del armario la pequeña maleta que habían traído del hospital, mientras hablaba con Maggie. Le pareció que, a pesar de que siempre había sido una mujer menuda, había encogido incluso más después de aquella semana del terror. Las ojeras parecían haber pasado a ser un signo familiar, pues se adivinaban en el rostro de todos ellos, y su cabello castaño, recogido también en una coleta alta y apretada, había tenido días mejores.

Abby no escuchaba lo que decían. Desde la noche anterior no había tomado ningún medicamento contra el dolor, ya que no había probado el desayuno del hospital, y éste le estaba atravesando el pecho como si fuera un hierro al rojo vivo, aunque ahí no tenía nada roto, que ella supiera. Bueno, aparte de lo obvio. Su corazón sí lo estaba, se había fracturado en una miríada de partes diferentes, como cuando se echaba agua fría en un recipiente de cristal recién sacado del horno. Tom decía que ese dolor era debido a la ansiedad, y le insistía para tomar uno de sus queridos fármacos, pero ella se negaba todas las veces: prefería sentir ese dolor a tomar drogas para enfermos mentales. Además, sentía que debía sufrirlo.

El pie no había vuelto a dolerle desde hacía dos noches. Ahora casi no lo sentía, estaba como dormido. No sabía si debía alarmarse o si sería normal. Pero, lo cierto era que no le preocupaba en absoluto. Se imaginaba que en la siguiente visita al hospital, cuando le quitaran la escayola dos semanas después, el médico se daba cuenta de que algo había salido mal en la operación, que se le hubiera gangrenado todo el pie y tuvieran que cortárselo. Dudaba que le importara siquiera eso. De momento, no quería volver a levantarse de la cama,

## *Esperando al viento*

y ésa sería una muy buena excusa.

Sara empujó la puerta de la habitación con el pie y entró sujetando una bandeja con comida que colocó sobre sus piernas. Era una de esas bandejas especiales con patas para comer en la cama. Debían haberla comprado especialmente para ella, porque no le sonaba haberla visto por allí todo ese tiempo. Abby no sabía qué hora era, aunque supuso que cerca del mediodía. No recordaba haber visto a su madre ni a Maggie salir antes de la habitación. Sólo recordaba estar pensando en lo mismo. Desde hacía una semana no era capaz de pensar en otra cosa.

Adam.

Adam.

Adam.

Adam.

Adam.

Adam.

Adam.

Adam.

Adam.

Adam.

Con cada inspiración, con cada expiración, con cada latido de su destrozado corazón. Su nombre se repetía sin descanso ni fin.

En algún momento había perdido el hilo de sus pensamientos y la noción del tiempo. Habrían pasado un par de horas o más desde que llegó, pero para ella había sido como unos pocos minutos, y a la vez varios años. No sabía cómo era posible, pero así era. Quizá se había quedado dormida, pero tampoco recordaba la sensación de abrir los ojos al entrar su madre en el cuarto.

El sonido de la televisión era como un ruido sordo en el fondo de su cabeza. No estaba prestando atención, pero algo en la pantalla llamó su atención. Estaban retransmitiendo el telediario. La presentadora hablaba en la mitad izquierda de la pantalla y, aunque no la oía, enseguida imaginó de qué trataba el reportaje: en la mitad derecha había una periodista con un micrófono en la mano, detrás de ella se veía el hospital del que acababa de salir y, en la parte de abajo, un texto que rezaba: «Trágico accidente».

Sara lo vio al mismo tiempo que su hija y se abalanzó sobre el mando a

distancia, con toda la intención de cambiar de canal o apagarla, pero Abby fue más rápida: el mando ya estaba en su mano y apretaba el botón «VOL +». Por el camino, casi había volcado la bandeja que tenía sobre las piernas. El agua del vaso se movía furiosa en su interior, amenazando con desbordarse en cualquier momento.

—... comunicaba la Dirección del Hospital que esta mañana han dado el alta voluntaria a Abby Palmer, solicitada por sus familiares, que esperan que se recupere mejor en casa. Todavía no ha trascendido ninguna declaración por parte de la chica ni de su familia, por lo que aún no conocemos su versión de lo ocurrido aquella fatídica noche.

Empezaron a aparecer imágenes del lugar del accidente. Esa calle tan conocida para ella, por la que había pasado casi a diario durante varios meses para ir a casa de Adam, aparecía ahora muy diferente: un lugar concreto de la acera se encontraba abarrotado de ramos de flores, coronas, velas, fotos y papeles que, supuso, eran cartas, que se habían ido acumulando en los últimos días. Un homenaje cargado de sentimientos para él. Mientras, una voz en *off* seguía hablando.

—«Todavía no se han aclarado las circunstancias que dieron lugar al accidente producido en esta carretera hace ya una semana. Según las causas probables, pudo haberse producido una irrupción de los dos chicos en la calzada con el semáforo en rojo, a la vez que se baraja y estudia la hipótesis del exceso de velocidad del vehículo siniestrado.

»El conductor, que resultó herido leve, ya ha pasado a disposición judicial, acusado de un delito de homicidio imprudente y otro de lesiones imprudentes.

» Los vecinos del lugar ya habían denunciado con anterioridad la necesidad de construir rotondas en esta calle, pues debido a su rectitud y longitud, es muy común que los vehículos circulen a velocidades excesivas, tanto de día como, sobre todo, de noche.»

Las palabras cayeron sobre Abby como una jarra de agua fría. No daba crédito a lo que estaba escuchando. ¿Sería posible que estuvieran intentando culparlos de lo sucedido? Acababan de decir que posiblemente habían cruzado en rojo, y posiblemente, en televisión, quería decir «seguro». ¿Por qué? ¿De quién era hijo ese cabrón para que lo excusaran de esa forma? Ya no era suficiente con que una persona hubiera perdido la vida, además soltaban eso por televisión como diciéndole: «te lo mereces». Les echaban la culpa porque Adam ya no podía defenderse, y Abby era la chica trastornada que, ¿qué iba a decir? Pero no era verdad, ni justo, y la necesidad de explicarse y defenderse hizo mella en ella.

## *Esperando al viento*

Sara finalmente consiguió hacerse con el control del mando a distancia, preocupada por su hija. Apretó unos cuantos botones al tuntún, nerviosa, hasta que logró que el trasto que tenía entre las manos cambiara por fin de canal. Al parecer, tanto su hermana como ella eran igual de inútiles en lo que a tecnología se refería.

—Cariño, no necesitas ver esto —dijo, mientras los canales se sucedían en la pantalla uno tras otro.

—No cruzamos en rojo.

—No pasa nada, no tienes que pensar ahora en eso, tú sólo come un poco de...

—No cruzamos en rojo —repitió Abby, con la mirada fija en el televisor. Sabía que para su madre no sería necesario, pero sentía que necesitaba dar una explicación, defenderse, por lo menos delante de ella. No quería que, sobre todo a ella, le quedara esa posibilidad en la cabeza—. Adam siempre me obliga a esperar a que el semáforo se ponga verde. Sabes que en casa muchas veces cruzábamos en rojo porque hay pocos coches, pero aquí, él nunca me deja cruzar antes; aunque se vea claramente que no viene nadie, siempre me hace esperar.

A Sara se le encogió el corazón un poco más. Todo el sufrimiento de su hija le dolía como si fuera suyo propio. Y ojalá así fuera, para que ella no tuviera que pasar por todo aquello. Ella también había perdido a su pareja, el padre de su hija, hacía ya tiempo y, aunque en circunstancias completamente diferentes, le había dolido, pero esto... sabía que esto era peor. Se sentó en el borde de la cama y le puso a Abby una mano sobre el muslo.

—Parecía un buen chico.

—Lo es —respondió su hija sin dudar.

Sara no creía que fuera bueno para ella seguir hablando de él en presente, como había estado haciendo durante los últimos días, pero no la corrigió.

—Intenta comer algo —le dijo, saliendo de la habitación, mientras aún tenía el mando a distancia en la mano.

Se dirigió al salón y aferró con fuerza el teléfono fijo de su hermana, dispuesta a estrangular a alguien con el cable. No podía dejarlo pasar. Ya llevaban días diciendo ese tipo de cosas por televisión, pero que su hija lo hubiera visto y hubiera tenido que defenderse ante ella era la gota que colmaba el vaso.

Le costó dar con el teléfono de la Cadena, y más aún conseguir que la atendiera algún responsable del noticiario pero, después de hablar con varios teleoperadores, esperar minutos interminables escuchando melodías insufribles, y que le pasaran con otros al menos diez veces, por fin la iban a escuchar, ¡y de qué manera! Su enfado no había hecho sino aumentar el tiempo que había



perdido con el teléfono en la oreja. ¡Se iban a enterar, aquellos periodistas de tres al cuarto! ¡No eran más que una panda de tertulianos sin ninguna clase de ética ni moral!

A Abby le rugió el estómago frente al olor de la comida: pechuga de pollo y puré de patatas, y, aunque no se veía capaz de tragar nada, se obligó a coger los cubiertos e intentar meter algo en su cuerpo. Una hora y tres bocados de carne más tarde, después de haber estado removiendo un rato el puré en el plato, escuchó a su madre gritar desde el salón, hablando por teléfono.

—¡Tengo a mi hija sin poder levantarse de la cama y tiene que aguantar que su Cadena diga esas cosas! ... ¡Exijo que se retracten! ... ¡Me da igual lo que un funcionario público escriba en un puto papel! ¡Si mi hija dice que cruzaron en verde es que cruzaron en verde, y es lo que vais a decir en el Telediario de esta noche! ... Ah, ¿que tenéis que estudiarlo? ¡Pues mientras tanto os voy a poner una demanda que os vais a cagar! ¡Ya podéis empezar a estudiar eso!

Después, oyó un fuerte golpe al colgar su madre el aparato, y sus pasos por el pasillo. Mientras escuchaba a su madre maldecir por teléfono, se había sentido un poco mejor. Era tranquilizador verla defenderla de esa forma. Pensó que quizá tendría que haber contado con ella hacía más de un año y quizá todo aquello no habría pasado de esa forma. Ahora ya era tarde.

Sara volvió a entrar en el cuarto, un poco acalorada.

—¿No quieres más? —preguntó, al ver el plato casi lleno todavía. Abby negó con la cabeza—. Está bien, supongo que algo es mejor que nada. ¡Ah!, toma. —Sara le devolvió el mando a su hija mientras recogía la bandeja—. Intenta descansar un poco, ¿vale? Luego te traeré algo de merendar.

Mientras salía, Abby cambió rápido de canal. Antes, su madre había dejado la tele en el *Cosmopolitan*, un canal donde ponían series y pelis románticas para chicas todo el día. No lo soportaba. Subió por la Guía, tal y como le había explicado Tom —aunque habría sabido hacerlo aunque no le hubiera dicho nada, que ella ya había nacido en la era digital. No era un hacha, pero sus conocimientos tecnológicos llegaban a saber encender un simple televisor—, hasta dar con uno que emitía películas de miedo, y bajó el volumen casi al máximo. Dejó de prestarle atención antes de que transcurrieran cinco minutos. Su mente y sus pensamientos volvían a volar hacia él, con su incesante canto.

Adam.

Adam.

Adam...



## Capítulo Dos

En el pasado, Abby nunca había tenido que pensar en la muerte. Claro que la conocía, sabía lo que era, pero no de esa manera.

De pequeña, había tenido unas cuantas mascotas. A su perro *Lucky* lo atropelló un coche; no murió en aquel momento, lo llevaron al veterinario, quien le colocó una escayola en una pata. Pasó unos días bien, como siempre, y de repente un día le dio un ataque al corazón. Pensó en la casualidad; quizás en poco tiempo también le daría a ella un ataque al corazón como al poco afortunado *Lucky*. Desde luego, no sería por no sentir ese dolor...

Después, su madre le compró una pareja de hámsteres que, al cabo de un tiempo, tuvieron bebés. Se comieron entre ellos, lo que fue bastante asqueroso, y los pocos que quedaron con vida decidieron regalarlos.

Más tarde, tuvieron una tortuga suicida: le daba por subirse a la palmerita de su terrario y tirarse al vacío desde lo alto de la lavadora. Un día desapareció y no volvieron a saber de ella. Es posible que siguiera escondida por algún lugar del lavadero.

Y mejor no hablar de los peces de colores que no duraban vivos ni una semana.

En esos casos, ella nunca derramaba una lágrima. Se sentía triste, sí, pero más por ella, que se quedaba sola, que por los animales. Su madre siempre le decía que iban a un lugar mejor y ella la creía a pies juntillas, y hasta podía entender que se fueran. Porque si iban a un lugar mejor...

Pero, ahora, era totalmente diferente.

En condiciones normales, sería genial aquella sensación de no poder dejar de pensar en una persona: pensar en él por la mañana, verlo por la tarde y tenerlo en mente otra vez por la noche. O en un orden distinto. El problema surgía cuando esa persona que ocupaba su cabeza día y noche, en quien pensaba las veinticuatro horas al día, siete días a la semana, a jornada completa, sólo era eso, un pensamiento.

Era horrible pensar tanto en alguien, tanto que dolía, tanto que quería dejar de hacerlo, pero por más que lo intentaba no quería marcharse, y la atormentaba, como una pesadilla recurrente. Alguien a quien no podía ver ni tocar, aunque ése era su único deseo, y con quien no podía ni siquiera hablar para aliviar el sufrimiento que seguía creciendo en su interior. Alguien que sólo vivía ya en su cabeza.

## *Esperando al viento*

Se imaginaba la Muerte todo el rato, como una sombra negra con túnica y capucha, con manos huesudas y una guadaña entre ellas, cerniéndose sobre Adam aquel día, apartándolo de su lado, imparabile, llevándosele lejos. Aunque, quizás, en eso estaban influyendo todas las películas de terror que estaba viendo sin ver. Aunque no les prestaba atención, algo se le debía estar quedando en la retina.

Había momentos en los que pensaba que probablemente todo estaba ya escrito; que había un motivo para lo que pasó. Que no podría haberlo evitado. Que el Destino era como un río imperturbable, que seguía su camino llevándose por delante todo lo que caía en él, sin detenerse por nada ni nadie.

Otras veces se preguntaba mucho acerca de qué habría al otro lado, si Adam habría llegado a encontrar su paraíso particular y ahora sería totalmente feliz y dichoso, si es que había algo después. O si, por el contrario, tan solo quedaba la nada, una nada oscura en la que no se veía, no se oía, no se pensaba, no se sentía. No se era.

Y todos los días se sentía culpable. Eso era en lo que más pensaba, en si fue culpa suya. En si ella lo mató. La mayoría del tiempo estaba segura de que el castigo había sido para ella, y no para él. Y no poder desahogarse era el mayor castigo que podía sufrir una persona.

Sabía que a aquellas alturas no deberían quedarle lágrimas, que sus mejillas deberían estar arrugadas de tanto llorar, que debería estar seca por dentro. Pero no podía hacerlo. Después de veintinueve días sin Adam, las lágrimas aún no habían hecho acto de presencia. Simplemente, el dolor no quería salir. Porque las lágrimas eran dolor, y el suyo se había instalado en su interior, se había hecho un ovillo acomodándose en ella y no pretendía abandonarla.

Sara sabía que su hija aún no había llorado la muerte de Adam. Algunas noches la escuchaba gritar en sueños, pero no llorar. Nunca llorar. Y había estado atenta, esperando el momento, porque sabía que era necesario para que se desahogara y empezara a curar la herida. Tom se lo había repetido varias veces en los últimos días —como si ella no lo supiera ya—, y hasta había sugerido poner en práctica algún tipo de tratamiento de choque, enseñándole fotos y hablándole de él. Pero ella se había negado. Su hija ya estaba lo suficientemente mal como para atormentarla a propósito un poco más. A veces, su cuñado parecía más psiquiatra que humano.

Abby también estaba cansada de las continuas charlas de Tom. Su tío venía cada mañana a traerle el desayuno y, ya de paso, a hablar con ella. Se había negado a ir a sesiones con otro médico psiquiatra o con un psicólogo, así que a cambio tenía

que aguantarlo a él. Sabía que en casa todos estaban preocupados por ella. Incluso hacía días que le traían la carne en trocitos y sólo un tenedor. También ella estaba preocupada por ella misma. Pero aquella rutina de cada mañana era una tortura. Esa mañana, Abby miraba el tazón de leche con *Nesquik* y removía los cereales con desgana, mientras escuchaba a Tom queriendo taparse los oídos, por enésimo día consecutivo.

—Está claro que sufres un trastorno de estrés postraumático, y deberíamos empezar a tratarlo como tal. Te vendría muy bien si hablaras conmigo. O bueno, no necesariamente conmigo, puedes elegir cualquier otra persona, tengo colegas que estarían encantados de recibirte en su consulta y te tratarían estupendamente bien. Pero es necesario que salgas de este estado, que aceptes lo que ha pasado y comiences el proceso de duelo. Si sigues negándote...

—No me estoy negando a nada —dijo Abby.

—Bueno, sigues hablando de Adam en presente, es un hecho. Cosas así no te permiten aceptar que ya no está. Y si no lo haces por ti misma, vamos a tener que empezar a pensar en otras opciones.

—¿Qué otras opciones?

—Medicación, por ejemplo —respondió Tom sin rodeos, empujándose las gafas hacia arriba con el dedo índice. A Tom parecían encantarle los tratamientos farmacológicos—. Puede llegar a ser muy efectiva si damos con el tratamiento correcto.

—No voy a tomar nada, que te quede claro —repitió ella, como tantas otras veces antes.

—Pues algo tenemos que hacer, nada no es una opción. Tú, sólo, piénsalo, ¿vale? Si no quieres hablar, algún tipo de medicación te podría venir bien. Pero lo ideal sería que hablaras y sacaras todo por ti misma —dijo, dando por finalizada la conversación y dejándola sola.

Los cereales se habían reblandecido de más en la leche. Ahora eran una pasta viscosa que ya no pensaba comerse. Apartó la bandeja con un bufido. ¡Dios! Tom la volvía loca con todo su vocabulario técnico y psiquiátrico que no sabía si esperaba que entendiera, pero que no paraba de soltarle. Siempre el mismo rollo. Ahora sí que comprendía a su madre y porqué nunca le había caído demasiado bien. Odiaba que Tom la tratara como a uno de sus pacientes, y más ahora que empezaba a creer que él de verdad pensaba que había perdido la cabeza. Despertarse así cada mañana era peor que un paseo por el infierno, y eso que ya se sentía en él.

Intentó cambiar de posición en la cama, sin mover la pierna; tarea

## *Esperando al viento*

complicada. El dolor en esa parte de su cuerpo había regresado y la torturaba cada día cuando se movía lo más mínimo. Aunque era peor por las noches, cuando le dolía aunque estuviera inmóvil. En las últimas tres semanas sólo se había levantado de la cama para ir al baño, y solía aguantar bastante para que fueran las menos veces posibles. Cada día, su madre le ofrecía los analgésicos que le había recetado el médico, y cada día, ella los rechazaba. El dolor era inmenso, sí, pero estaba viva, y Adam había muerto. Ella bien podía soportar lo insoportable un poco más.

Al cabo de unos minutos, Sara entró para recordarle que tenían cita en el hospital para retirarle la escayola y los puntos, y la ayudó a vestirse y a arreglarse. Optaron por un vestido fino de manga larga, pues, a pesar de ser mediados de noviembre, aún hacía buena temperatura, y además, no consiguieron meter la pernera del pantalón por el vendaje sin que le produjera dolor. A pesar de la holgura del vestido, esa era la primera vez que se ponía ropa de calle desde que volvió a su casa, y ésta la hizo sentirse atrapada, frente a la libertad y comodidad que le habían ofrecido los pijamas aquel tiempo.

Hacía tres semanas que Abby vivía prácticamente en la penumbra de su cuarto, así que fue un alivio cuando salió de casa de sus tíos y comprobó que el cielo estaba nublado. Mejor, de esa forma la excesiva luz no le dañaría los ojos. Aun así, se colocó sus oscuras gafas de sol. Le gustaba la protección que le brindaban, poder mirar donde quisiera y a quien quisiera sin que nadie pudiera seguir su mirada.

Igual que el día que llegó, Tom tuvo que cargar casi todo su peso escaleras abajo hasta el coche.

—Creo que pesa ya más la escayola que tú —le soltó a mitad de camino, a lo que Abby respondió poniendo los ojos en blanco—. Cuando vuelvas sin ella seguro que flotas.

Era obvio que se refería a lo poco que comía. A veces, Tom podía tener un sentido del humor un tanto peculiar.

El viaje hasta el hospital transcurrió relativamente rápido. Era media mañana, hacía horas que todo el mundo había llegado a donde fuera que fuesen al salir de sus casas, y el tráfico era escaso. No obstante, acostumbrada a la quietud de su habitación, tanto sonido, tanto movimiento de repente, la abrumaron hasta el punto de empezar a hiperventilar. Sara, que conducía, estiró la mano derecha por el hueco entre los asientos delanteros, le tocó la pierna y le sonrió por el retrovisor, lo que consiguió relajarla un poco.

Lo que sí les costó trabajo fue encontrar aparcamiento, así que su madre la

dejó en la entrada del hospital, sentada en una silla de ruedas mientras ella se alejaba con el coche para buscar sitio y volver.

El doctor Roca ya la esperaba en su consulta cuando llegaron. Era el mismo traumatólogo que la había operado hacía ya casi un mes, pero era la primera vez que Abby se fijaba en su cara; apenas si lo reconoció. La enfermera la ayudó a subirse a la camilla y, con mucho cuidado, el doctor empezó a cortar la escayola para revelar una pierna en su interior. Abby se impresionó un poco al verla: estaba visiblemente más delgada que la otra, lo que ya era decir, y algo morada, aunque no negra. No se le había gangrenado, no tendrían que cortársela y no sabía si debía sentirse agradecida por ello. Lo que sí agradeció en silencio fue que su madre le hubiera insistido unos años atrás para hacerse la depilación láser en las piernas; al menos no había tenido que preocuparse de exponer una pierna llena de pelos. En la parte superior, por donde se había salido el hueso y luego le habían metido el metal, había una ristra de puntos, demasiados como para contarlos.

—Bueno, esto está mucho mejor. Tiene buena pinta —dijo el doctor, examinando la herida.

Donde no había reconocido la cara, ahora sí recordó la voz. Esa voz, diciéndole a su familia que se había producido una fractura helicoidal de tibia y peroné con desplazamiento que había llegado a perforar levemente la piel —«cosa muy normal en este tipo de lesiones», había añadido—, y que tenían que operar para recolocar los huesos. El resultado: una placa de veinte centímetros en la tibia con nueve tornillos, dos de ellos atravesándola paralelamente para sujetar y alinear el peroné. Fácil, como un paseo en bici por un volcán en erupción. ¿Lo bueno? Habían utilizado unos nuevos tornillos biodegradables que al degradarse no dejaban hueco en el hueso, con lo que no tendrían que volver a intervenirla para sacarlos. Lo que significaba que su cuerpo iba a estar alimentándose de ellos durante los veinticuatro meses siguientes a la operación. «¿Veis?», le habría gustado decirle a su familia, «ni siquiera necesito comer para sobrevivir».

El doctor Roca empezó a cortar y extraer las cuerdecitas que formaban los puntos, y Abby pensó que dolía. La gente siempre decía que quitar los puntos era una tontería y que no se notaba nada, pero ella sí que lo estaba notando, y no poco. Mientras, el doctor le hablaba a su madre como si ella no estuviera presente.

—Desde este mismo momento tiene que empezar a mover, por lo menos los dedos de los pies. ¿Lo ha hecho estas semanas?

Sara miró a su hija inquisitivamente, pero la verdad era que Abby no

## *Esperando al viento*

recordaba haber movido nada de nada. Más bien al contrario: siempre trataba de mover lo menos posible, porque el dolor era atroz, y eso significaba menos de medio centímetro de movimiento, por decir algo. Así que se limitó a encogerse de hombros.

—Bueno, pues a partir de ahora sí. Además, voy a derivarla a fisioterapia. Tiene que hacer caso en todo lo que le digan. Debe estar preparada, podrían ser varios meses de dolorosa recuperación para llegar a andar de forma parecida a antes del accidente.

—El dolor ya lo estoy sintiendo —se le escapó a Abby en voz baja.

—¿Qué? —preguntó el doctor, mirándola por encima de las gafas.

—He dicho que el dolor ya lo estoy sintiendo —le repitió al doctor—. Qué más da un poco más.

—Mmm, sí, doctor Roca, haremos todo lo que nos digan —intervino corriendo Sara, y le lanzó una mirada furibunda a su hija. No veía la necesidad de que ésta se comportara de manera tan maleducada con quien, prácticamente, le había salvado la vida.

El doctor terminó de quitar los puntos y, mientras la enfermera le curaba y le colocaba un apósito, se acercó a Abby.

—Tienes que entender, que es posible que te duela mucho. Y con mucho quiero decir muchísimo. Que te parezca un infierno. Que desees tirar la toalla y no volver a caminar. Pero tienes que pasar por todo eso y hacerlo, ¿entiendes?

—Claro, doctor, porque hasta ahora me lo he estado pasando pipa. —El tono irónico de su voz fue más que evidente para todos.

El doctor Roca sonrió levemente, sacudió la cabeza y se dirigió a Sara.

—Va usted a tener que estar muy pendiente de ella.

Antes de marcharse, el doctor le preguntó si se encontraba bien. Abby no comprendía la manía que tenía la gente de preguntarle eso, cuando claramente estaba peor que mal. ¿Qué esperaban que respondiera? ¿Que sí, que estaba bien, para que no tuvieran que preocuparse y sus conciencias se quedaran tranquilas? Pues ella no era de las que daban esa satisfacción a los demás, al menos ya no, así que no respondió. Pero él volvió a insistir.

—Tuviste mucha suerte, eres consciente de ello, ¿verdad?

—Dudo mucho que, en mi caso, la suerte haya sido quedarse aquí. Te espero fuera, mamá. —Dando por finalizada la conversación, Abby salió de la consulta haciendo rodar la silla y se dirigió hacia el ascensor, sin mirar atrás y dejando la puerta abierta.



Sara se sentía un poco avergonzada por el comportamiento de su hija, pero el sentimiento predominante era el de preocupación.

—No se preocupe. Saldrá de ésta, se lo aseguro. Sólo necesita tiempo —trató de tranquilizarla el médico, poniéndole la mano en el hombro.

—Supongo que sí. Si al menos quisiera volver a casa conmigo... A veces tengo la sensación de que podría haber evitado todo esto, si tan solo le hubiera prohibido mudarse aquí con sus tíos... en parte es culpa mía.

—Los accidentes ocurren en cualquier sitio, no se pueden evitar. Tranquila, cuando empiece a volver a andar y a sentirse un poco más independiente, la cosa mejorará. Ya verá como sí.

Sara quiso creerle y de verdad deseaba que fuera así. Esperaba que su hija se tomara en serio la rehabilitación, que pusiera de su parte e hiciera todo lo posible por mejorar, por curarse, por dejar toda aquella pesadilla en el pasado. Pero, por lo que había visto las últimas semanas, no las tenía todas consigo. Sí era verdad que había tenido que permanecer un mes entero postrada en la cama, sin poder apenas moverse, a veces gritando por el dolor de la pierna, y también por el que no quedaba a la vista, y que eso podía haberla deprimido más. Pero Abby iba a tener que ser la primera en darlo todo para volver a caminar, y sólo el futuro diría si estaba dispuesta a hacerlo o no.

Abby no pudo evitar escuchar a su madre hablando con el doctor Roca. La culpabilidad de su madre se le había hundido en lo más profundo de su ser. Meses atrás, cuando su tía les contó que la habían contratado en su actual instituto para trabajar en la secretaría del centro, Abby se amparó en su prestigio y su fama para convencerla de que la dejara mudarse con sus tíos, bajo el pretexto de los estudios. Era la excusa perfecta para huir de su vida y sus demonios. De ese secreto que seguía guardando muy dentro de ella. Lo había hecho para protegerse a sí misma, pero también para proteger a su madre. Y ahora, ella se sentía culpable por algo que no podría haber evitado, algo que ella provocó. La única culpable era ella misma, no su madre. Pero no sabía cómo hacérselo ver, cómo explicarle todo. Era demasiado tarde para hablar.

Al igual que cuando habían llegado, tuvo que esperar a que su madre volviera a recogerla con el coche. Estaba sentada en una silla de la sala de espera, hojeando unos folletos sobre seguros médicos e higiene de manos, cuando ella le dio un toque al móvil, lo que significaba que ya se encontraba en la puerta. Cogió las muletas que le acababan de dar, pues el médico había dicho que ya tenía que empezar a usarlas y, además, debían devolver la silla de ruedas, y se levantó con bastante esfuerzo. Se encontraba débil después de tantas semanas encamada y alimentándose casi del aire. Cuando se sintió segura, dio el primer

## *Esperando al viento*

paso, y el dolor le atravesó la pantorrilla hasta el talón. De acuerdo, tendría que llevar más cuidado para evitar los meneos de la pierna.

Despacio, recorrió los pocos metros que separaban la recepción de la puerta del hospital. Miraba al suelo para no tropezarse con nada, así que no veía mucho delante de ella. Pero, cuando estaba ya a punto de abrir la puerta para salir a la calle, alguien la abrió de golpe desde fuera y casi se chocó de bruces contra ella. El chico se detuvo a escasos centímetros de ella, y Abby se encontró mirando unos ojos que conocía a la perfección.

Leo entró corriendo en el hospital, esperando no llegar tarde a la hora de visitas de la mañana, cuando casi se tropezó con una chica que salía apoyándose en un par de muletas. Miró hacia abajo, ya que le sacaba algo más de una cabeza, y sus ojos se toparon con otros que lo miraban fijos y sorprendidos. Conocía a aquella chica perfectamente. No sólo la había visto a diario en clase durante todo un año, sino que también la había tenido que soportar varias veces por semana en su propia casa. Y aun así, por un momento le había costado reconocerla. Estaba mucho más delgada que la última vez que la vio, hacía casi un mes, en el entierro de su hermano, y unas grandes ojeras habían transformado su rostro. Le sostuvo la mirada de forma fría; era la última persona a la que habría querido ver hoy allí. Se fijó en el gran apósito que cubría casi todo el largo de su pierna derecha, totalmente expuesto bajo el dobladillo del vestido que llevaba, y recordó que ella tampoco había salido indemne; aun así, en comparación, no le parecía suficiente.

Sin decir una palabra, se apartó para que ella pasara, y le sostuvo la puerta mientras salía, reparando en cada mueca de dolor que su cara reflejaba con cada paso que daba. Por un momento, creyó que se alegraría de ello. Su vista siguió clavaba en su espalda a través del cristal de la puerta cuando ésta se cerró, hasta que una voz lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Qué desea? —le preguntó la enfermera que se encontraba en el mostrador de recepción.

—Buenos días. Quería saber si habían subido ya a mi madre a planta. Sofía Parnasso. —Leo esperó mientras la enfermera pulsaba unas cuantas teclas en el ordenador.

—Sí, se encuentra en la habitación doscientos veintiuno. Planta de psiquiatría —le confirmó al fin.

—Gracias. —Leo dio unos pasos hacia el ascensor, pero regresó al mostrador—. Si la han sacado de la UCI, significa que se va a recuperar, ¿verdad?

## Capítulo Tres

—Hola, cariño, yo soy Laura. Encantada —le dijo la chica de la clínica dándole un beso en cada mejilla—. Seré tu *fisio* durante los próximos meses, y esperemos que no sean muchos—añadió, intentando bromear, a lo que siguió una amplia sonrisa—. Vamos a ver qué tenemos aquí.

Laura dio una palmadita sobre la camilla para indicarle que se subiera. Abby se sacudió la deportiva del pie. Fue fácil quitársela porque llevaba las cordonerías desatadas y el zapato le quedaba ancho y suelto. Se impulsó con las manos y dio un pequeño saltito con la pierna buena para subirse; después, subió la otra con cuidado y la extendió sobre la camilla.

—Recuéstate —dijo Laura.

Abby le hizo caso. Se apoyó sobre los codos y vio cómo Laura le subía la pernera del pantalón de deporte que llevaba. El roce de la tela sobre la cicatriz le produjo dentera y un pequeño escalofrío. Ya no llevaba ninguna venda o apósito, pues le habían recomendado que empezara a dejar la cicatriz al aire, pero el tacto de la ropa sobre la misma le producía una sensación muy extraña y nada agradable que la hacía estremecerse.

Laura estudió un poco la herida ya cerrada, y después le sujetó el pie con fuerza y lo movió un poco arriba y abajo.

Era una chica muy alta y delgada, con una larga melena rubia que llevaba sujeta en una cola. También era guapísima y de piel dorada. Parecía una surfista que acabara de regresar de cabalgar unas cuantas olas. Además, parecía muy joven, como recién salida de la facultad, pero sus manos se sentían firmes y seguras. Experimentadas.

Abby se quejó un poco por el dolor, y ella puso una mueca de disgusto.

—Lo tienes muy agarrotado —le dijo, mirándola de reojo—. Imagino que no lo has movido en absoluto durante el tiempo de reposo.

Abby se puso colorada y negó con la cabeza. La chica lo había dicho con un tono de voz que le hizo sentirse mal por no haberlo hecho.

—Entonces tenemos mucho trabajo por delante.

Fue a la otra punta de la habitación y volvió con un aparato hueco cilíndrico conectado a una máquina. Lo puso sobre la camilla y la ayudó a introducir la pierna por la abertura. Después, pulsó unos cuantos botones.

## *Esperando al viento*

—Esto es un equipo de magnetoterapia —explicó—. Será mejor que te pongas cómoda, vas a estar con él un ratito. Volveré dentro de unos minutos. ¿Todo bien?

Abby asintió con la cabeza. Laura sonrió y la dejó sola. Una débil melodía sonaba a través del hilo musical. Parecía uno de esos *CDs* que solía escuchar en los centros de belleza, grabados con la intención de relajar a la gente, pero a ella no la estaba relajando nada, más bien al contrario.

Apoyó la cabeza sobre la camilla y esperó. Cada poco tiempo miraba al reloj que había colgado en la pared de su derecha, pero las agujas parecían no avanzar. Miró hacia arriba y contó las placas de escayola que formaban el falso techo y los plafones que escondían las bombillas. Estudió la sala, pero nada le llamó especialmente la atención. Su vista regresó al reloj. Las manecillas parecían haberse quedado estancadas en las once y veinticinco, pues ya hacía tres miradas que seguían marcando la misma hora. Suspiró, cruzó los brazos sobre el pecho y dejó vagar la mente.

*Abby no era muy popular en el instituto; más bien nada. Aunque quizá tenía más que ver con el hecho de que hacía tan solo dos días que había llegado nueva al centro. Y tampoco era una chica que resaltara extremadamente... Con la excepción de las dos chicas que le habían hablado desde el primer día, para los demás era poco menos que invisible. Por eso, fue la primera sorprendida cuando Leo Cavali, uno de los chicos más populares del instituto, la invitó a una fiesta en su casa el viernes por la noche. Incluso ella, que acababa de llegar, sabía ya quién era.*

*De las dos chicas, sólo Marga se había emocionado con la invitación.*

*—¡Vaya suerte! No invitan a cualquiera a esas fiestas —le había dicho.*

*Todo lo contrario que Alexia.*

*—Huye mientras puedas —fue lo único que le dijo—. Esa gente no te conviene.*

*Al principio, se sintió insegura sobre si asistir o no, pero Marga no dejó de animarla porque, ¿qué clase de chica no se sentía halagada si alguien como Leo Cavali la invitaba a una de sus fiestas? Y más aún, ¿a qué chica no le gustaba Leo Cavali? Estrella del equipo de fútbol del instituto, alto, guapo, musculoso... según había oído por los pasillos, era posible hacer la colada en sus abdominales, literalmente. Todo un tópico al que era difícil resistirse. Y precisamente de esos encantos era de los que trataba de huir. ¿Podía fiarse de aquel chico y sus amigos? Desde luego, aquello no era el pueblo, no quería cerrarse en banda por lo que había pasado allí, y Marga parecía encantada con la idea. Alexia debía de ser la única chica con la que no funcionaba su hechizo, a saber por qué.*

*De todas formas, no podía permitirse el lujo de rechazar invitaciones de ese estilo, no si*

## Alba Cayuelas

quería hacer algún amigo más en el nuevo instituto, así que el viernes por la noche se puso un vestido mono, unos zapatos negros de tacón que le dejó Maggie y cogió un taxi hasta la casa de los Cavali.

Y, por ese motivo, tan solo media hora después estaba fuera, en la calle, calada hasta los huesos, ropa, bolso, todo, esperando a que casualmente decidiera pasar por ahí otro taxi que la llevara de vuelta a casa, porque su móvil, que estaba dentro del bolso que se había transformado en un surtidor de agua, había dejado de funcionar.

Abby acababa de averiguar por qué Alexia la había prevenido contra Leo, y de la peor forma posible. En concreto, había coincidido con el momento en que aquel imbécil la había tirado a la piscina. Acababa de entrar por la puerta, ni siquiera había dejado aún el bolso. La casa era enorme, pero todo el mundo estaba en el jardín, alrededor de la piscina. Leo estaba en el borde y le hizo un gesto para que se acercase a él.

—¡Vaya! Mirad quién ha venido —le dijo, cogiéndola por la mano y dándole una vuelta—. ¡Qué guapa!

Y justo al final de la vuelta, ¡splash! Con un pequeño empujoncito, había acabado con el agua hasta el cuello. Nunca mejor dicho. Todos a su alrededor estallaron en un coro de risas. Risas que aumentaron de intensidad cuando un tacón se le trabó en un peldaño de la escalerilla, resbaló y volvió a caerse. Al parecer, ella era la atracción inicial de la noche. Cuando por fin consiguió salir, corrió hasta la puerta sin mirar atrás.

Mientras esperaba un milagro pensó en Alexia, y en si quizás ella habría sufrido algo parecido. Empezó a enumerar una lista de tareas para el futuro.

Primera nota para el futuro: empezar a hacer caso a Alexia en todo lo que dijera, sin excepción.

Segunda nota para el futuro: matar a Leo Cavali.

Se quitó los tacones mientras imaginaba la manera perfecta de hacerlo. Algo humillante y doloroso... O quizá podría contratar a un profesional y pasar de mancharse las manos con basura que no valía la pena. La sangre le iba a hervir de un momento a otro de lo enfadada y avergonzada que estaba. Y, entonces, apareció su milagro. Oyó un carraspeo a su espalda y, creyendo que era Leo, se encaró con él.

—¿Vienes a por más? —le dijo, dándose la vuelta, para descubrir que no era él quien estaba detrás de ella, sino otro chico que sólo llevaba un pantalón de pijama y unas zapatillas. Una descripción más acertada habría sido «sin camiseta».

—Tranquila, vengo en son de paz —respondió el Chico Sin Camiseta, levantando las manos frente a ella. De una de ellas colgaba una toalla blanca—. Te he visto por la ventana y te he sacado esto. Parece que te vendría bien, se está moviendo viento.

—Pues no parece que tú tengas demasiado frío.

## Esperando al viento

—Vamos, ¿la quieres o no? —Volvió a tenderle la toalla y, al principio, Abby se negó a cogerla, pero al final la aceptó, porque estaba empezando a refrescar de verdad—. ¿Por qué sigues aquí?

Abby levantó el móvil a modo de respuesta, y un chorrito de agua cayó al suelo.

—Me lo imaginaba. No te preocupes, te he llamado un taxi antes de salir.

Vale. Abby reconocía que el Chico Sin Camiseta estaba intentando ser amable, y que era guapísimo, y que verlo ahí delante de ella con el torso sin cubrir, con el cuerpazo que lucía, no ayudaba nada a su concentración, pero en ese momento sentía cero ganas de responder bien ni de agradecer nada, así que, con un gran esfuerzo, se dio la vuelta, dándole la espalda y volvió a mirar a la carretera. Debía recuperar su concentración, y mirarlo a él no la ayudaba en absoluto. Siempre caía en esa trampa masculina y no quería repetir el error tan pronto.

—Está bien. Ya puedes volverte a tu casa —le dijo, cubriéndose con la toalla.

Pero, en vez de hacerlo, el Chico Sin Camiseta se acercó, se puso a su lado y la miró a la cara.

—¿Estás bien?

—¿A ti te parece que esté bien?! —respondió ella, casi gritando. Sabía que se estaba comportando como una niñaeta y que estaba pagándolo con él, que no tenía la culpa de lo que le había pasado, pero no podía evitarlo. Gritar parecía hacerla sentir un poco mejor. Además, visto lo visto, todos los tíos parecían ser iguales.

—Lo siento mucho. De verdad. Mi hermano puede ser muy gilipollas a veces. Resulta que se nos perdió cuando era pequeño y lo crió una manada de lobos —le explicó—. No tiene ni una chispa de educación; hasta ellos terminaron echándolo.

Aun intentando hacerse la dura, Abby no pudo evitar sonreír un poco. Pero enseguida cambió la expresión. ¿Era su hermano? La alarma sonó en su cabeza. A ver si ésa iba a ser la segunda parte de la broma... No tenía pinta, pero ya no podía fiarse.

—¿Has dicho que Leo es tu hermano?

En ese momento llegó el taxi. Así que por lo menos esa parte de todo lo que le había dicho era cierta. El Chico Sin Camiseta levantó la mano para hacerle el alto y le dijo a Abby que esperara un momento, mientras él se acercaba a la ventanilla del vehículo e intercambiaba unas palabras con el conductor. Luego regresó a su lado.

—Sólo dile a dónde vas. Y no te preocupes, ya está pagado.

—No hace falta...

—¡Claro que sí! Después de lo que te ha hecho mi querido hermanito, es lo menos que puede hacer mi familia por ti —respondió, mientras la guiaba hasta el taxi, le abría la puerta y la ayudaba a subir.

Abby pensó que era lo más romántico que alguien había hecho por ella en toda su vida. Su experiencia anterior... era preferible no recordarla pero, en general, no había sido así, ni

## Alba Cayuelas

*siquiera al principio. Entonces se dio cuenta de su aspecto y se avergonzó, pero él no parecía estar fijándose en eso.*

*Después, el Chico Sin Camiseta cerró la puerta, pero volvió a abrirla, como si se le hubiera olvidado algo. Abby reparó en la toalla que aún llevaba sobre los hombros. Claro.*

*—Por cierto —dijo—, me llamo Adam. ¿Puedo preguntarte tu nombre sin que me saques un ojo o algo peor...?*

*«Así que Chico Sin Camiseta tiene un nombre», pensó, sonriendo. Imposible no hacerlo.*

*—Soy Abby.*

*—Hum, interesante nombre. Algún día quiero conocer esa historia. Encantado, Abby.*

*Sonrió, cerró de nuevo la puerta y esperó en la acera hasta que el taxi se puso en marcha y ella lo perdió de vista. Él ni siquiera había nombrado su toalla.*

Recordar dolía. Pero no recordar dolía incluso más. No podía hacer como que no había existido, que no había pasado. Así que ella recordaba. Y sentía. Podía sentir la mano de Adam sobre la suya, ayudándola a subir al taxi. Podía oír su voz, diciendo su nombre. Notaba su respiración, su olor de aquella primera noche.

Recordar ese momento le proporcionaba una poco de descanso, una chispa de luz que le hacía pensar que era posible salir de aquel túnel. Pero el recuerdo se desvanecía enseguida, y la oscuridad que entonces le sobrevinía era tan profunda que la asfixiaba, y le hacía retroceder los pequeños pasos que había conseguido dar hacia delante. Sólo sabía que quería volver a verle, que le necesitaba. Necesitaba ver su cara, sus ojos, oír su voz. Más que respirar, lo necesitaba a él para vivir, porque él era su vida. ¿Qué iba a hacer con ella ahora que él no estaba?

Abby cerró los ojos y se concentró en él. Se concentró en sus profundos ojos, sus pobladas cejas, un poco más oscuras que el resto de su cabello, su nariz, mucho más perfecta que la suya. El pelo que le caía sobre la frente, sus labios... Esos labios que se había muerto por besar a cada instante, desde el primer momento en que lo vio.

Y cuando volvió a abrirlos, un instante después, ahí estaba, delante de ella, sentado a los pies de la camilla, mirándola con cariño, como le había sorprendido haciendo mil y una veces antes. Y le sonreía.

*—Vaya, estás echa un desastre. —Él la miró a través de sus largas pestañas, como hacía cuando intentaba seducirla.*

*—Le dijo la sartén al cazo —respondió ella.*

## *Esperando al viento*

—Perdona, ¿has dicho algo? —Laura acababa de pasar por delante de la puerta con unos papeles en la mano y se detuvo al escucharla.

—No —negó ella con rapidez.

—Vale. Ahora mismo estoy contigo para empezar a mover esa pierna —dijo, y continuó su camino.

Abby volvió a mirar al lugar donde había visto al chico. Adam seguía allí, mirándola y sonriéndole, como una imagen fija, de no ser porque podía notar como subía y bajaba su pecho con cada respiración.

Pero, en realidad, no estaba.

Ella no se engañaba. Sabía que se lo estaba imaginando, que no era más que un producto de su atormentada imaginación. Probablemente su tío estaba en lo cierto y se había vuelto definitivamente loca. Pero no le importaba. Verle allí sentado, al alcance de su mano, bromeando sobre su aspecto, suponía un alivio tan enorme que por vivir un segundo de aquella mentira habría sido capaz de pasar el resto de su vida encerrada en un manicomio.

Pero, al mismo tiempo, parecía tan real, y la alegría que le invadía era tan absoluta, que no quiso que desapareciera. Así que intentó creérselo, intentó creer que de verdad estaba allí. Y por eso le respondió, como si no hubiera pasado nada. Como si fuera un día cualquiera de su anterior vida.